



JOHANNA Y EL DR. FRANKL

FRANCESC MIRALLES

edebé

periscopio

**JOHANNA
Y EL DR. FRANKL**

FRANCESC MIRALLES

**JOHANNA
Y EL DR. FRANKL**



edebé

© Francesc Miralles, 2023

www.francescmiralles.com

Representado por Sandra Bruna Agencia Literaria S.L.

© Ed. Cast.: Edebé, 2023

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.^a edición, septiembre 2023

ISBN: 978-84-683-5905-2

Depósito legal: B. 4652-2023

Impreso en España

Printed in Spain

Qualsevol forma de reproducció, distribució, comunicació pública o transformació d'aquesta obra només pot ser realitzada amb l'autorització dels seus titulars, llevat d'excepció prevista per la llei. Adreceu-vos a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necessiteu fotocopiar o escanejar fragments d'aquesta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 445).

*«El mundo no desaparecerá porque hay
demasiados humanos, sino porque
hay demasiados inhumanos».*

PROVERBIO JUDÍO

Índice

1. El hombre de las gafas.....	9
2. La caja verde.....	13
3. El dilema.....	17
4. ¿Qué sentido tiene todo esto?.....	21
5. Antes estaba ciego y ahora puedo ver	27
6. Café Hawelka.....	31
7. La libertad última	35
8. Noticias del frente.....	39
9. La hora de las bombas	43
10. Desafiar al miedo	49
11. El doctor y el alma.....	53
12. El largo viaje.....	57
13. No hay dos vidas iguales	63
14. El traslado del padre	67
15. La cantina rusa.....	69
16. En la catedral	73
17. El más valiente de los hombres	77
18. El regreso a Viena	83
19. Una conversación difícil	87

20. Este no es un tren cualquiera	91
21. El retrato	95
22. Revelación en el Naschmarkt.....	99
23. Carta al más allá	103
24. Tarde de Navidad	107

1. *El hombre de las gafas*

Mientras esperaba en la barra del Café Mozart, Johanna observaba nerviosa sus zapatos. Se había puesto tres pares de calcetines para compensar que le iban demasiado grandes. No había podido conseguir otros. A pesar de haberlos limpiado a conciencia, se notaba que eran viejos, igual que el vestido de lino que le había prestado su vecina.

El encargado le había prometido que haría la prueba enseguida, pero había pasado tanto tiempo que la aspirante a camarera temía que se hubiera olvidado de ella. Para distraerse, fijó la mirada en un periódico que descansaba sobre el mármol.

El *Wiener Kurier* del 11 de septiembre de 1948 informaba de los casi cien heridos en accidentes de tráfico a causa de las fuertes heladas que habían azotado la capital de Austria. Sus ojos claros bajaron hasta la fila inferior de los anuncios. Sabía que nada de lo que se ofrecía allí estaba a su alcance, pero le gustaba soñar.

—Señorita Müller —dijo una voz estridente.

Asustada, levantó la cabeza mientras se le encendían las mejillas. El encargado acababa de depositar encima del mármol una bandeja con dos tazas de café y una jarrita de leche.

—Son para la primera mesa a la izquierda de la puerta. No haga esperar a los señores.

Seguida por aquel hombre grueso que no parecía haber pasado una guerra, Johanna avanzó insegura. Sujetaba la bandeja con las puntas de los dedos, tal como le habían enseñado. Mientras se dirigía a hacer su primer servicio, admiró de reojo los manteles blancos y los elegantes sofás tapizados.

La clientela estaba formada por hombres de negocios que devoraban sus periódicos, oficiales norteamericanos y alguna familia que quizás había hecho fortuna con el estraperlo.

Johanna se apresuró hacia la mesa donde iniciaría su día de prueba. La ocupaban dos clientes impecablemente vestidos que hablaban con expresión seria. El más viejo revisaba un montón de fichas al tiempo que escuchaba a un hombre con gafas ya entrado en la cuarentena.

Su corazón palpitaba muy fuerte al llegar a su destino, instantes antes del desastre.

Un niño pequeño surgido de la nada se le atravesó justo entonces y le hizo perder el equilibrio. Sin que pudiera evitarlo, la bandeja descendió como el Titanic, tirando por la borda una de las tazas de café.

Antes de romperse en el suelo, una ola de líquido oscuro se deslizó por la camisa blanca del hombre de las gafas, que dio un respingo hacia atrás.

Como si todo el servicio hubiera presenciado aquella desgracia, un montón de manos con servilletas se inclinaron sobre la mesa para intentar poner remedio a lo que ya no lo tenía.

Temblando de arriba abajo, a Johanna no le salían las palabras. Para rematarlo, la voz del encargado sonó como un trueno:

—¡Estúpida! ¡Vete ahora mismo!

A pesar de la catástrofe, agradeció estar a dos pasos de la puerta. Al menos se ahorraría la humillación de desfilarse delante de toda la clientela.

Al salir a la calle, la recibió una ráfaga de frío helado. Caminando con aquellos zapatos demasiado grandes —los únicos que tenía—, de repente sintió que le fallaban las piernas. Se dejó caer sobre una jardinera vacía y, con la cara entre las manos, se echó a llorar.

Los gemidos salían de su interior como un río de dolor sin final.

Hasta que notó un ligero peso en la espalda.

Era una mano.

Al abrir los ojos llenos de lágrimas, descubrió, avergonzada, que era el hombre de las gafas. El mismo señor al que había desgraciado la camisa se encontraba ahora inclinado sobre ella.

—No sufras por mi camisa —le dijo en un tono de voz suave—. Haré que la limpien y, hasta entonces, tengo otra.

Johanna no podía parar de llorar. Le habría gustado gritarle que quizás él tuviese otra camisa, pero ella no tendría otra oportunidad de conseguir un trabajo para llevar dinero a casa. Había arruinado su única salvación.

—La vida es un asco —le salió del alma decirle—. Gracias por ser tan amable conmigo, pero el mundo es un lugar horrible en el que no vale la pena...

En ese momento empezó a sollozar y el hombre de las gafas preguntó:

—¿Qué es lo que no vale la pena?

—Vivir.

Él sacudió la cabeza ligeramente, desaprobando aquellas palabras. A pesar del frío extremo que había vaciado las calles, no parecía tener prisa por irse.

Con ese mismo tono de voz, amable y paciente, le preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Acabo de cumplir dieciséis.

Como respuesta, él sacó una tarjeta del bolsillo interior del abrigo y se la tendió a la chica.

—Ven el lunes por la tarde. Te estaré esperando en esta dirección.

Johanna respiró profundamente, sin entender nada de lo que estaba pasando, hasta que al final se atrevió a preguntar:

—¿Piensa ofrecerme un trabajo?

El hombre de las gafas esbozó una sonrisa triste antes de contestar:

—No, pero quizás te dé algo mejor.

Dicho esto, regresó al café donde debía de estar esperándole el señor mayor. Johanna miró con curiosidad el nombre en la tarjeta que acababa de recibir:
Dr. Viktor Frankl.

2. *La caja verde*

Desde que habían vuelto a Viena, Johanna tenía la sensación de que todo lo que estaba viviendo era una pesadilla de la que en algún momento se despertaría. Mientras caminaba por las calles, a veces cerraba los ojos con fuerza. Quería hacer desaparecer aquello en lo que se había convertido su mundo desde el final de la guerra.

Pero el paisaje de la desolación seguía allí.

Pasó por al lado de la Ópera en ruinas, en medio de un grupo de soldados extranjeros. Una viejecita mal abrigada buscaba dentro del edificio alguna cosa que se pudiera vender.

Aquello era Viena. La que un día había sido la ciudad más deslumbrante del mundo ahora solo ofrecía hambre, pobreza y destrucción.

Al llegar a su casa —si se le podía llamar así— en *Auerspergstrasse*, el corazón volvió a latirle con fuerza. ¿Qué le diría a su madre? La mujer había tenido que suplicarle mucho a un proveedor del Café Mozart a quien conocía para que la aceptasen para la prueba.

Maldijo a aquel niño malcriado que le había cortado el paso y un futuro más soportable.

Tras empujar la puerta de su apartamento en los bajos, que aún tenía una de las ventanas sellada con

maderas, cruzó el pequeño comedor. La calefacción era casi inexistente, por lo que no se quitó el viejo abrigo heredado de su abuelo.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta, así que Johanna se acercó para ver si su madre estaba en la cama. Desde la muerte del padre en el frente, pasaba más tiempo dormida que despierta. Y tampoco entonces estaba muy presente. Aquella mujer alegre y parlanchina se había convertido en una extraña.

Ya casi nunca charlaban, aunque Johanna muchas veces la pillaba hablando sola a un interlocutor inexistente.

Aquella tarde la encontró sentada en la cama, con las manos posadas encima de una caja verde que ella nunca había visto. Al verse descubierta, la madre corrió a cerrar la puerta. Eso avivó aún más su curiosidad.

Un minuto después salía de la habitación con aquella bata de terciopelo gris que nunca se quitaba.

—No me han dado el trabajo —disparó Johanna, que no estaba dispuesta a explicar lo que había pasado.

La madre la miró aletargada, como si no esperara otra cosa que lo que estaba oyendo. Le acarició la media melena rubia y le pasó el dedo por la cara ovalada.

—Lo has intentado, hija. Seguro que han contratado a alguien con mejores contactos. Hay tanta gente sin trabajo...

—Seguiré buscando.

Sus propias palabras le sonaban falsas, pero no quería mostrar ante su madre que estaba tan hundida como ella.

Después de esto, se sentó en el sofá trillado, al lado de la única ventana del salón. El denso cielo de diciembre oscureció sus ojos claros.